

# MARÍA MAGDALENA ARANDA DELGADO

“Socióloga, feminista en deconstrucción, gorda, docente de preparatoria y a veces en la universidad, participante política desde la academia activa”, con estas palabras se autopresenta Magda Aranda. Ella también da clases, talleres y conversaciones de historia, economía, feminismos y sociología del cuerpo. Actualmente hace investigación sociocultural sobre las mujeres gordas y pobres de Aguascalientes, y es una estudiante destacada del Doctorado en Estudios Socioculturales de la UAA, además de autora de *Un cuerpo propio*.

Hay quien no quiere mi realidad pobre  
mi ternura de barrio  
mi abrazo tosco  
mi sexo malandra.  
Y no está bien... para ellos.

### **Malandra**

\*

Alguna vez quise escribirte un soneto tempestuoso, pero me salió uno plano y aciago; de catorce tibios versos, con dificultad endecasílabos, brusco ritmo y asonante rima. Cariño, o careces de arte o me apagas el arrebato.

### **Soneto tibio**

\*

Un tipo que me gusta me cree pasiva agresiva. Lo adoro, cultito maricón pero no cobarde. Yo, que siempre peso ternura y arrebato, quiero gritarle: ¡Mírame, que yo soy gorda, bebé; siempre grave! Cállate y bésame.

### **Divagación en jueves ocupado**

\*

No hay delirio que valgas  
tampoco baile que sacies  
o soledad mía que te elija  
menos alguna refracción nocturna  
ni una sola banca de parque en la que te piense.  
Sin colores por suprimir  
u ostentosas palabras que evacuar  
miro sucio, abúlica  
sólo tengo una poeta vacía.

### **Sin poesía, Sr.**

\*

Conocí a un tipo. Con el poder mágico que nacen los machos, realizó el análisis de mi personalidad en segundos. Explicó mi comportamiento, deseos profundos y aspiraciones. Comenzó a compararme con otras mujeres y destacar mis virtudes diferenciadas. Ahh, esas manías de coquetería anacrónica. Todavía no sé si eso es seducción en algún país lejano. A veces soy medio lenta y me tardé tres tristes tigres en desear huir. Pedí una cheve y tragué espuma, lastimosamente sin albur. Fingí tragos largos, aspiraba profundo; uno avinagrado, otra exhalación. Desde el catecismo suelo escuchar con atención, más aún ahora, cuando esnifo cebada. Así fue que comprendí, a esta edad, no tan temprana, los costos del psicoanálisis y por qué algunas mujeres prefieren que les paguen. Me sentí descachondada.

Con auto indulgencia me receté *Me gusta ser una zorra* de Vulpes y *Born to be cheap* de Divine. Me siento mejor.

### **Devaneo bisutero**

\*

No iba a escribirte un poema  
sé que te importa poco  
que tu poesía no es la mía.  
Quise hacer una carta  
para obligarte a leerla  
decir en ella:  
Corazón, revientas mi luz  
deseo habitarte toda.  
Y que luego hicieras con ella  
lo que hace cualquier hombre que no ama.  
Pero no lo hice  
te escribí un poema  
para que veas que me vale gorro  
de cualquier forma lo leerías.

Intuyo que ahora  
harás con él lo que hace cualquier hombre que no ama.

**Jimmy Bombón**

\*

Fallé. Sólo quise saber quién es, rastrearlo profundo antes de tantos libros. Habló de citas y autores, del *mainstream* emocional y *lifting* de ideas. Callé. No comprendo a los escritores en serie. Tiene todos sus versos ordenados alfanuméricamente, para hacerse el importante. Hay teas en las que una no se enciende; aunque tengan barba, piernas largas y simulen ser poetas.

**Fallé**

\*

El silencio no me protege  
vivo injusticias  
tengo ideas  
dolor físico y urgencia de amor  
como tú.  
Pasa el tiempo  
quiero hablar de ti  
alejarme de tu mirada baja  
contarte mi soberanía  
medir este cariño profundo  
que insiste y brota  
gritar que me duelen los brazos  
pero ya no eres necesario  
y cosas así.

**Cosas así**

\*

Lloro por las lágrimas que usé. Ahora en desgaste sin razón ni sujeto. Se aprontan a la memoria vaga como denuncia; desde el

pequeño punto de fuga de un sueño impuesto; hacen lodo los versos ceniza de un poema abrasado. Gruesas como su año, curadas al olvido reclaman acogida.

### **Lágrimas I**

\*

A los hombres que me amaron  
con candor  
en lujuria breve  
ríos de palabras  
ternura viva  
siendo refugio  
y laberintos de éxtasis  
hoy  
finalmente honro.

### **Exvoto**

\*

Una cree que el recuerdo sisa los amores. Después de los juegos de miedo, la cumbre lujuriosa y el armisticio, algunas optamos por plegarlos aún estén calentitos y continuar. Los años ocurren con suerte si el olvido es aliado. Incondicional los alisa a la sombra, sosegado. Los reduce hasta lo imperceptible. Pero –como el más cansado de los peros– algún jueves venturoso revuelve sus notas y tristemente los repite.

### **Ese amor es mío**

### **El mago**

Siempre volvemos después del punto final, decía en tono burión Cecil cada vez que nos veíamos. Si el tiempo nos procuraba algo de suerte, nuestros encuentros duraban toda la noche.

Cuando nos daba la espalda, él salía temprano y me dejaba recogiendo pedazos de luna.

Esta historia había sido preñada con algún *blues* cuando caminamos el desierto siendo jóvenes. Ha crecido lineal, jugando al orden; saltó de un año al otro, hasta que nos hicimos adultos. Tengo la esperanza que en un próximo encuentro, finalmente le demos a luz y nos deje correr sobre el cielo nocturno.

Él es mago, de los que visten capa negra y sacan conejos del sombrero en las fiestas infantiles. Estos trucos prodigiosos los vende para comprarle a su madre carne, jitomates y cebollas los domingos en el mercado. Debido a su oficio, aparece y desaparece cartas de póker o palomas blancas. Sus hechizos hacen brotar caritas de asombro en cada niño que lo ve actuar.

También en mí, Cecil emerge la maravilla, aun cuando se rehúsa a ser el mago de mi poesía. De vez en vez, yo le canto algo que dice: con sólo recordarte me crecen helechos en los versos. Él, que muere de risa cuando me escucha, conjura la magia verdadera, la que deja sólo para mí. Mientras la busca en sus bolsillos, me cuenta que la guarda en su caja de Marlboro, apretadita, pues tiene que doblarla firmemente porque crece cada vez que me piensa. Yo, ansiosa espero a que la encuentre y la abra para fumárnosla completa.

Aún recuerdo la ocasión que reveló mi primer beso en el balcón de un hotel en la capital. Me dejó tiritando. Desde entonces mis besos son azules. O la vez que tiñó mis sábanas para que nunca me faltara el placer, juguetón las revolcó y escribió el conjuro: *Niña, niña buena, siempre regresa a mí*. Desde entonces mi lecho tiene alas.

Hace poco me enteré que su madre emigró a la casa del abarrotero viudo de la tienda de la esquina, ya no necesita más las viandas dominicales. Orillado a guardar su magia para ocasiones especiales, quizá acceda a ser un hombre excéntrico, que ose desarmar esta historia y me deje aparecerle, sin truco, todas las flores que tengo guardadas bajo la manga.

## Un taxi para Martha

Parecía una noche cualquiera, cansada halaba mis libros, la computadora y mis ganas. Rumbo a casa, ahí me esperaba mi cama, un regalo cada día después del trabajo. Imaginaba cómo sería tener una vida corriente, con marido, auto y montones de sueños abandonados en el cajón que aseguré, no sería de pandora, de sólo pensarlo, se me erizaba la piel. Preferí el orgullo de estar conmigo misma y mis planes limpios acomodados para cuando llegara el verano. Sin verlo venir, un chubasco apagó mis divagaciones. Precisaba un taxi.

Para no mojarme me quedé pegada a la pared de un local de fotocopias, que tenía una especie de balcón en el segundo piso. Pensé que me vendría bien la lluvia, me gusta bautizarme en ella cada vez que mis pecados se acumulan, y ese parecía un buen momento. Pero el costo de mis pertenencias me quitó el deseo, ¿desde cuándo preferí la computadora a redimirme? En fin, tenía que conseguir un taxi.

Esa noche hice tantas señales de parada, que perdí la cuenta. Ninguno atendió, todos iban ocupados. Mientras saboreaba el tabaco que según yo amortiguaría el cansancio y la espera, no pude evitar mirar hacia la ventana del edificio situado cruzando la calle. Dentro, libres del aguacero, una pareja se disfrutaba golosamente. Seguro escucharían algo de Billie Holiday y después de unos tragos, acabarían trenzados cimbrando su universo, gocé construyendo la historia.

Después del cigarro y otras tantas señales de parada, caminé. No podía hacer más. Luego de unas cuadras, llegué a aquel barecito que nunca intenté conocer. Daba la impresión de que sólo era frecuentado por algunos anhelosos de un destello de esperanza, que les permitiera revivir lo que alguna vez fuera la aventura. Decidí guardarme allí, pedir un café y entretenerme trabajando. En algún momento pasaría la tormenta.

Entré cabizbaja, no atiné siquiera a mirar alrededor. Pasé de largo sin detenerme en ningún rostro. Ordené un americano y me dispuse a acomodar mis cosas. Al traérmelo llegó con él un hombre que aseguré sería extranjero, pues calzaba unos botines rojos y un saco de gamuza azul marino, ¿quién usa botines y gamuza en primavera? Poco atractivo a primera vista, pero con la barba de días que siempre me hace volver la cabeza para detenerme en la boca y los ojos de quien la lleva. Me habló, su acento lo convirtió en un fruto digno de explorar. No sería mesero –pensé–, quizá el dueño. En automático, mis instintos de conquista se deshicieron del uniforme, la cara de cansancio y los documentos por revisar. Atiné a preguntar si podía pedir desde ahí un taxi para llevarme a casa, con esa miradita de desolada que las mustias usamos para conseguir la protección del macho y, como en muchas culturas de todos los tiempos, dio resultado.

Probablemente persuadido por mi desamparo se presentó: “Soy Fernando, ayudo aquí en el local de vez en cuando, me agrada, pues hay noches que me permiten despachar sorpresas. Espera que pase la lluvia y te consigo un taxi”. Su larga introducción y promesa avivaron mi feminidad y las mariposas en mi plexo que no dejaba revolotear hacía tiempo.

Mientras conversábamos, descubrí que era chileno, que no probaba el picante y que silbaba un poco al pronunciar la “s”. Si ése era un defecto del habla, lo ejecutaba virtuosamente.

Charlamos sobre música, su carrera trunca de arquitecto y cómo reclamaba suya esta ciudad desde que en su juventud leyó en alguna enciclopedia de geografía que existía un lugar llamado Aguascalientes. Se desvivió describiendo lo poético del nombre. Al principio, sin compartir mucho su idea, terminé convencida de lo bellas que eran aquí las bancas de parque no usadas. Tendría unos treinta y tantos años, los perfectos en mis fantasías.



Al término del americano, descubrí que había contado sus sonrisas y juré por la santísima Virgen que me había despachado ciento diez razones imprevistas para volver a ese bar... olvidé mis redenciones de lluvia y si en realidad necesitaba un taxi.

